

El estadounidense cruzó los brazos y observó sin emoción mientras colocaban los electrodos en los genitales del hombre.

—Dinos quién te dio las fotos por satélite —dijo—. Dínoslo y se acabará todo esto —añadió orientando la voz hacia el micrófono que salía del pequeño auricular plateado que llevaba en la oreja y se curvaba en dirección a su boca.

Los torturadores que había al otro lado del espejo falso llevaban aparatos similares. Eran dos hombres de unos treinta años, con miradas aceradas y pelo muy corto, al estilo militar; tenían sudaderas de color oscuro remangadas hasta los codos, vaqueros y botas gruesas. El que estaba colocando los electrodos tenía la nariz rota y una profunda cicatriz surcaba el labio superior del otro, que permanecía de pie junto a una mesa al fondo de la habitación.

Nariz Rota repitió las palabras del estadounidense.

El hombre que estaba sentado en la silla de plástico también tenía treinta y pocos años, no se había afeitado en tres días y durante todo aquel tiempo había ingerido de vez en cuando una dieta baja en proteínas; tenía los ojos hundidos y enmarcados por unas profundas ojeras, y los negros cabellos apelmazados y revueltos.

—No sé de qué me hablan —dijo.

Labio Partido cogió una fotografía de la mesa y se la puso delante de la cara. Era una de las que se habían encontrado en el piso del hombre; habían sido tomadas desde un satélite y mostraban imágenes de Mildenhall, la base aérea de la Royal Air Force que servía a la aviación estadounidense para sus bombarderos y aviones cisterna, y en la que además tenía su cuartel general el 352º Grupo de Operaciones Especiales; era un blanco de la mayor importancia. No había justificación posible para que un civil tuviera en su poder imágenes de alta definición de la base obtenidas vía satélite, y menos aún para que el civil hubiera señalado con rotulador negro to-

das las cámaras de circuito cerrado instaladas dentro del perímetro de la base.

—¿Quién te dio las fotos? —preguntó el estadounidense sin alzar la voz.

Nariz Rota repitió la pregunta palabra por palabra, pero gritando a escasos milímetros de la oreja del hombre atado a la silla.

—¡No pueden hacer esto! —chilló el detenido.

Tenía acento de Manchester y estaba desnudo, aunque cuando lo arrastraron hasta el sótano llevaba puesta una camiseta del Manchester United. Forcejeó tratando de soltarse, pero los hombres que lo habían atado a la silla eran profesionales y las ligaduras no se aflojaron en absoluto.

—Sí que podemos —le respondió Labio Partido.

—Soy ciudadano británico. Tengo derechos.

—Aquí no —dijo Nariz Rota—, esto es territorio estadounidense, aquí no tienes derechos.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó el hombre con tal vehemencia que las palabras brotaron de sus labios envueltas en saliva.

—Eso es mentira —le contestó Nariz Rota—, y ya sabes lo que les pasa a los que mienten, así que ¿quién te dio las fotos?

—Sabemos lo que planeabais —intervino Labio Partido tirando la fotografía sobre la mesa—. Lo único que tienes que decirnos es quién colaboraba contigo.

El hombre cerró los ojos y se estremeció al prever el dolor que estaba a punto de sufrir.

El estadounidense lanzó un suspiro y dijo en voz baja.

—Hazlo.

Detrás de la silla, en el suelo, había un pedal conectado a una batería de alto voltaje que produciría una descarga en los electrodos. Suministrar la corriente directamente resultaba mucho más doloroso que si se usaba la alterna de los enchufes, el estadounidense lo sabía por experiencia. Nariz Rota pisó el pedal y el cuerpo del hombre sufrió un espasmo. Nariz Rota no levantó el pie hasta pasados dos segundos y entonces el hombre se desplomó en la silla tratando de recuperar el aliento y con el cuerpo bañado en sudor.

—Otra vez —dijo el estadounidense.

Nariz Rota pisó el pedal y el cuerpo del hombre se puso rígido, arqueándose hacia atrás mientras su boca se abría en un grito

mudo. La orina empezó a correr por el asiento de la silla y formó un charco en el suelo.

Esta vez la descarga duró cinco segundos completos. Cuando Nariz Rota levantó el pie, el hombre se estremeció y luego quedó inmóvil.

Labio Partido se acercó, le buscó el pulso en el cuello y asintió con la cabeza. Estaba vivo; inconsciente, pero vivo.

—Hagamos una pausa —dijo el estadounidense.

Los dos torturadores sonrieron y Labio Partido le dirigió un gesto de aprobación alzando el pulgar.

El estadounidense se quitó el auricular con micrófono incorporado y lo dejó sobre la mesa, salió de la habitación y pasó por delante de dos *marines* armados con fusiles. Subió por las escaleras hasta la planta que daba a la calle, deslizó la tarjeta de identificación por el lector e introdujo su código de cuatro dígitos en el teclado que había al lado. Cuando se abrió la puerta, avanzó por un largo pasillo dejando atrás algunas habitaciones que servían de almacén y otras destinadas a la destrucción de documentos, hasta llegar a una segunda puerta; volvió a deslizar la identificación por el lector y a teclear el código y la puerta se abrió, dándole paso a la entrada principal para el personal, donde hacían guardia otros dos *marines*, que mantuvieron la vista al frente mientras él pasaba a su lado.

El estadounidense salió al exterior, donde brillaba el sol; eran las once de la mañana de un frío día de invierno. Se quedó mirando hacia la plaza, disfrutando del frescor de la brisa que le acariciaba el rostro; inspiró hondo y luego dejó salir el aire lentamente. La sensación de estar fuera del sótano era maravillosa. Allí apestaba a orines, sudor y miedo. Él había nacido en una granja y siempre había odiado los lugares cerrados. Caminó a lo largo de la valla metálica hasta llegar a la puerta de la verja y mostró su identificación al policía armado. Éste lo saludó con una sonrisa insípida y le abrió para que saliera. Al otro lado de la plaza había dos policías con chalecos antibalas que sostenían sendos fusiles en los brazos mientras lo observaban pasar ante ellos dejando atrás la estatua del general Eisenhower.

Se alejó del edificio-fortaleza, rodeado de bloques de hormigón y barreras metálicas destinados a evitar que el vehículo de un terro-

rista suicida pudiera acercarse a su objetivo. Los estadounidenses tenían enemigos por todo el mundo, enemigos a los que les encantaría sembrar el caos en una embajada importante, y no había embajada más importante que la de Grosvenor Square en Londres.

Al estadounidense le gustaba Londres; era una ciudad civilizada, con buenos restaurantes, una extensa e inmejorable oferta teatral y parques bien cuidados. Bajó hacia Upper Brook Street pasando por delante de otros dos policías que hacían guardia junto a un Land Rover blanco. Los británicos se jactaban de que sus agentes policiales no iban armados, pero al estadounidense le daba la impresión de que, en los últimos tiempos, todos los policías que veía llevaban armas. Les sonrió saludándolos con un leve movimiento de cabeza, pero ellos le correspondieron con miradas inexpresivas; desde hacía algún tiempo, cualquiera podía suponer una amenaza, incluso un hombre blanco cuarentón. Aquél era su paseo habitual cuando quería despejar la cabeza y los pulmones; bajaba por Park Lane hasta Hyde Park Corner, luego caminaba un poco por el parque hasta el lago Serpentine, donde se sentaba a una mesita a tomarse un café mientras contemplaba a los cisnes que se deslizaban por el agua. Después echaba un vistazo a los titulares del *International Herald Tribune*; pero al final siempre había que volver al sótano, al trabajo.

Costaba creer que fuera un hombre: alta, de piernas largas y con rostro de modelo y pechos a duras penas contenidos en el diminuto vestido negro que llevaba puesto, bailaba alrededor de un poste plateado sobre un pequeño podio situado frente a la barra de un bar lleno hasta los topes de turistas, hombres y mujeres. Alen tomó un sorbo de agua mineral esforzándose por evitar el contacto visual: los «muchachos-dama» tailandeses eran temibles, bastaba con que un hombre les dirigiera una simple mirada de soslayo para que se sentaran a su lado y le pasaran la mano por el muslo y le pidieran que los invitara a tomar algo o incluso le sugirieran una rápida visita a un hotel de los de habitaciones por horas. Había más de una docena, todos altos y guapos, atentos a los turistas. Varios llevaban gorritos de Papá Noel y se habían adornado el bajo del vestido con espumillón. La mayoría de los turistas eran británicos o alemanes, cuarentones y con sobrepeso; los solteros coqueteaban con los

«muchachos-dama», los casados les lanzaban miradas furtivas en cuanto creían que sus mujeres estaban distraídas con otra cosa. Pasaban pocos minutos antes de que un «muchacho-dama» se marchara con un cliente en medio de un repiqueteo de tacones, balanceando las caderas y atusándose la melena hacia atrás con gesto triunfal. Alen se preguntó si aquellos hombres sabrían que estaban a punto de irse a la cama con un transexual. O si les importaba.

La carretera palpitaba al ritmo de una docena de imponentes aparatos de música que competían entre sí para hacerse oír por encima de los demás. Los turistas ocupaban las terrazas de las cervecerías situadas a ambos lados de la carretera y bebían cerveza de la marca Singha o Chang mientras manoseaban a muchachas a las que doblaban la edad. Jóvenes tailandeses enfundados en vaqueros ajustados remoloneaban medio recostados sobre motocicletas relucientes, fumando y observando a sus esposas y novias mientras éstas trabajaban.

Alen notó que alguien le tocaba el hombro, una niña menuda de piel oscura y ojos increíblemente grandes le puso delante de la cara un ramo de rosas. Cada una de las flores había sido cuidadosamente envuelta con celofán.

—Veinte bahts —dijo.

No tendría más de ocho años.

—¿Dónde está tu madre, niña? —le preguntó Alen.

Ella señaló a la derecha. Una mujer cuya piel tenía el color y la textura del cuero estaba de pie a un lado de la carretera sujetando un montón de flores envueltas en celofán en los brazos. Un pañuelo de vivos colores le cubría la cabeza y lucía grandes aros dorados en las orejas. Le dirigió una sonrisa a Alen, dejando a la vista una boca llena de dientes ennegrecidos.

—Veinte bahts —insistió la niña acercando las flores al rostro de Alen.

—No les des pie —dijo la chica que estaba sentada junto a él. Tenía veintitantos años y el cabello rubio le llegaba hasta los hombros y acariciaba su rostro mecido por la brisa del ventilador que colgaba del techo. Hablaba en bosnio, su segundo idioma y el de Alen también. Anna había nacido en Italia, era hija de italiana y bosnio—. Si nadie les comprara a los niños, no los usarían de este modo —añadió.

—Y si los niños no trabajaran tal vez tampoco comerían —le respondió Alen—. ¿Te has parado a pensar en eso?

Alen también era hijo de padres de distinta nacionalidad. Su madre era polaca y su padre ruso, pero éste se había marchado antes de que él naciera. Él y Anna se habían conocido en Sarajevo, tenían mucho en común, habían compartido casa durante los últimos tres años y, si todo ocurría tal como habían planeado, también morirían juntos.

Ella le alborotó el pelo a la niña con gesto cariñoso.

—Debería estar en casa durmiendo, no dando vueltas por aquí entre las prostitutas y los macarras —dijo dirigiéndose a Alen.

—¡Es Navidad! —le respondió él con voz llena de sarcasmo—. ¿Qué ha sido de tu espíritu navideño?

Anna resopló audiblemente.

Alen cogió una rosa de manos de la niña y se la dio a Anna, que la aceptó y soltó una carcajada burlándose de su sentimentalismo. Él le dio a la niña dos monedas de diez bahts al tiempo que le guiñaba el ojo. La pequeña salió corriendo hacia su madre.

—Eres un blando, Alen —dijo Anna.

—Ya sabes que eso no es verdad —le respondió él—. Precisamente tú deberías saberlo.

Había unas dos docenas de cervecerías similares en el complejo turístico de Bangla Road, a cien metros escasos de Patong, la playa más concurrida de Phuket. Más de quinientas prostitutas —buen número de las cuales eran transexuales— trabajaban en la zona, pero incluso a las diez de la noche quedaban muchas familias por allí. Alen tomó otro sorbo de agua. No le producía el menor placer matar niños, pero era la voluntad de Alá que las bombas se colocaran donde causasen la mayor destrucción posible, y si los infieles llevaban a sus hijos a aquel lugar depravado, que así fuera.

Hizo un gesto a Anna con la cabeza y ella le respondió con una sonrisa. Ella también estaba tomando agua mineral.

—¿Contenta? —le dijo.

—Mucho —le respondió ella—. Feliz Navidad. Y gracias por la rosa.

Alen acercó su vaso al de Anna a modo de brindis.

—Feliz Navidad —dijo con voz firme; luego se inclinó hacia delante por encima de la mesa y le dio un beso en la mejilla. Anna

olía a limón y manzanilla. Era por el champú—. *Alabu akbar* —surró Alen.

—*Alabu akbar* —repitió Anna. «Dios es el más grande.»

Alen y Anna se quedaron en Bangla Road hasta que cerraron los bares; estuvieron en media docena de ellos, pero no bebieron nada más que agua mineral. Vieron a musulmanes bebiendo alcohol y marchándose con prostitutas, pero sus rostros no mostraron ni por un instante el desprecio que sentían por ellos; ya recibirían su merecido por romper las reglas del islam. Alen y Anna caminaban del brazo, riendo y bromeando como cualquier pareja de vacaciones, pero sus ojos no perdían detalle de cuanto los rodeaba. El éxito o fracaso de la operación dependía de los pequeños detalles: dónde solía colocarse la policía, cuánto tráfico había, si los peatones caminaban por en medio de la calzada o si se mantenían en las aceras... Alen y Anna memorizaron cada detalle.

Se dirigieron a la carretera de la playa, donde habían aparcado el Suzuki todoterreno azul. Alen condujo durante el corto trayecto que los separaba del complejo turístico en que se habían estado hospedando durante las últimas tres semanas, llevó el coche hasta la puerta de su bungalow de playa y lo aparcó en la agrietada franja de cemento que había junto a la puerta. A lo lejos, las olas rompían contra la costa y las palmeras que rodeaban los bungalós susurraban, mecidas por la brisa nocturna.

Salieron del todoterreno. Alen llamó a la puerta con los nudillos. Tres golpes rápidos; dos lentos; dos golpes más con la mano abierta. Alguien abrió la puerta sin quitar la cadena y los observó con unos ojos grises entornados. Luego cerró la puerta, quitó la cadena y abrió de nuevo. Se llamaba Norbert y a sus treinta y cinco años era el mayor del grupo. Llevaba un polo rojo y unos tejanos que había comprado aquella misma mañana en un tenderete que había junto a la carretera. El sol le había quemado la nariz y la frente, que resplandecían gracias a la loción para después del bronceado que se había aplicado.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Mucha gente, los bares estaban repletos —le respondió Alen en bosnio.

Norbert había nacido en Luxemburgo, pero, al igual que Anna y Alen, hablaba el bosnio con fluidez.

Otro hombre, Emir, salió del dormitorio. Aún tenía el pelo mojado a causa de la ducha.

—¿Mañana? ¿Mañana seguro?

Era el único de los cuatro que había nacido en Bosnia.

—Mañana —le contestó Alen.

Luego fue al segundo dormitorio y sacó una maleta Samsonite de color gris de debajo de una de las dos camas; la abrió, extrajo un gran pliego de papel grueso enrollado y lo llevó a la sala de estar. Emir y Anna se habían dejado caer en el sofá de bambú. Norbert ayudó a Alen a desenrollar el papel y sujetar las esquinas con platos de café que habían traído de la cocina.

Todos se inclinaron hacia delante sobre el mapa trazado a mano y Alen recorrió con el dedo Bangla Road al tiempo que decía:

—Hay mucho movimiento todo el día, pero más a partir de las ocho de la tarde. Los bares cierran a la una. El mejor momento será la medianoche. —Señaló un recuadro calle abajo, a unos dos tercios de distancia del comienzo—. El primer artefacto estallará aquí —dijo—, enfrente de los grandes almacenes Ocean Plaza. Siempre hay mucha gente, y en los alrededores hay decenas de motos que harán aumentar el efecto de la explosión. Inmediatamente después se producirá el pánico generalizado y la mayoría de la gente correrá calle abajo hacia la carretera de la playa. —Señaló con el dedo la zona de bares en que había estado hacía poco con Anna—. El segundo artefacto hará explosión aquí, exactamente dos minutos después. Para entonces la zona estará abarrotada y conseguiremos el máximo impacto —concluyó dirigiéndole una sonrisa a Anna; ellos dos serían los responsables de la segunda explosión.

Norbert inspiró profundamente y luego dejó escapar el aire poco a poco.

—*Alahu akbar* —dijo.

—*Alahu akbar* —repitieron los otros tres como si de un eco se tratara.

Alen se puso derecho.

—¿Alguna pregunta?

Los demás negaron con la cabeza; sabían lo que había que ha-



cer y por qué lo hacían, y estaban dispuestos a sacrificar sus vidas por la *yihad*.

Alen fue hasta el primer dormitorio; era más grande que el otro, pero tenía otras dos camas idénticas que habían puesto a un lado para tener espacio para trabajar. Habían metido ciento cincuenta kilos de Semtex en latas metálicas de gasolina junto con unos cuantos puñados de tornillos, clavos y arandelas gruesas comprados en Bangkok y además habían pegado con cinta adhesiva más chatarra alrededor de las latas. El Semtex había sido producido en Checoslovaquia y de allí había ido a parar a Libia a finales de los ochenta. Los libios habían vendido una parte al IRA Provisional unos años después y lo habían transportado hasta Dublín en un carguero de bandera española. El envío fue dividido en cuatro lotes: el primero se llevó a Londres y acabó siendo el grueso del material explosivo de la bomba que estalló en el distrito financiero de la ciudad en abril de 1993 y que causó un muerto y daños valorados en más de mil millones de libras.

El resto del Semtex permaneció en Irlanda durante tres años hasta que otro lote se envió a Londres y sirvió de detonante para una bomba sucia de media tonelada a base de fertilizantes que estalló en la estación del ferrocarril ligero, el Docklands Light Railway, de South Quay. Un hombre resultó muerto y hubo otros treinta y nueve heridos; aquello supuso el final de un alto el fuego de diecisiete meses por parte del IRA.

Cuatro meses más tarde, otro lote de Semtex fue utilizado para destruir un concurrido centro comercial de Manchester. Más de doscientas personas resultaron heridas, aunque no murió nadie porque el IRA hizo un aviso por teléfono. En Bangla Road, en cambio, no habría ningún aviso antes de que las dos bombas estallaran.

Alen y sus tres compañeros se proponían matar al mayor número posible de personas, pues las políticas solamente cambiarían cuando se emitieran imágenes de muerte y destrucción en las televisiones de todo el planeta y Occidente se diera cuenta de que ya iba siendo hora de tratar al mundo musulmán con respeto y sin desprecio.

El resto del Semtex permaneció enterrado en un cementerio de Galway durante la década de los noventa, oculto bajo una lápida que señalaba el lugar en que supuestamente habría sido enterrado

un sacerdote católico de ochenta y tres años. Tras la firma del Acuerdo del Viernes Santo, el alto mando del IRA decidió deshacerse del alijo y se lo vendió a unos mafiosos bosnios que lo escondieron en el fondo falso de un contenedor de carga y lo transportaron por mar hasta Sarajevo. Allí permaneció oculto en un almacén de las afueras de la ciudad hasta que Alen lo compró pagando con un maletín lleno de fajos de euros que todavía llevaban los precintos del banco. Luego el material se trasladó hasta Tailandia por tierra, atravesando de nuevo el país en que se había fabricado casi treinta años atrás, se pagaron los sobornos donde fue necesario y el camión que transportaba la mortífera carga llegó a Phuket sin haber sido registrado ni una sola vez por ningún agente de aduanas.

Norbert y Emir aparecieron en el umbral en el momento en que Alen se arrodillaba para examinar las latas de gasolina y, cuando acabó, asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Buen trabajo —dijo.

Norbert y Emir sonrieron, satisfechos con el deber cumplido.

—¿Y los detonadores? —preguntó Norbert.

—Mañana —le contestó Alen—, llegarán mañana. *Inshala*.

*Inshala*. «Dios mediante.»

El saudí caminó por la playa disfrutando de la brisa fresca de primera hora de la mañana que soplaba desde el mar. Un tailandés musculoso que llevaba una camiseta ajustada corría descalzo por la orilla húmeda hacia donde estaba él. Sonrió al saudí; la sonrisa de un profesional en busca de clientela.

El saudí apartó la vista sintiendo más enfado que vergüenza. Llevaba puesta una camiseta de algodón barato, pantalones holgados también de algodón, chanclas de plástico y gafas de sol Ray-Ban, y cargaba al hombro una bolsa de tela con unos elefantes bordados. No había vendedores ambulantes —era demasiado pronto—, pero, una vez comenzaran a llegar los turistas a la playa, aparecerían, con sus pieles prácticamente negras tras años expuestos al sol implacable durante todo el día y ofreciendo sus mercancías: toallas baratas, pareos, mazorcas de maíz cocidas, juguetes de plástico fabricados en China, mapas plastificados de Tailandia... Cualquier turista que intentara acercarse por allí a to-

mar el sol podría considerarse afortunado si conseguía más de un par de minutos seguidos de paz y tranquilidad antes de que el siguiente vendedor le tapara el sol.

El saudí se alejó del mar en dirección a la carretera de la playa. Unos cuantos *tuk-tuks* oxidados de color rojo estaban aparcados frente al edificio de poca altura de un hotel y sus conductores lo observaban llenos de expectación, pero él evitó cualquier contacto visual. Daba la impresión de que todos los tailandeses que encontraba a su paso en Phuket se habían propuesto separarlo de su dinero: los sastres indios ataviados con camisas de manga larga lo llamaban desde la puerta de sus tiendas siempre que pasaba por delante, las chicas que trabajaban en los bares le dedicaban sonrisas cautivadoras, los propietarios de los numerosos puestos lo invitaban a acercarse con su característico: «Tú miras, por favor, gracias»; no llevaba ni dieciocho horas en Phuket, pero seguramente ya le habían hecho más de cincuenta proposiciones. Era agotador tener que ir negando con la cabeza constantemente.

Había ido conduciendo desde Bangkok en un Toyota Corolla de alquiler porque después de que explotaran las bombas la policía comprobaría todos los vuelos que habían llegado y salido de la isla. Estaba hospedado en el hotel Hilton de la playa de Patong, un hotel muy popular entre los turistas de Oriente Próximo. La víspera había cenado solo en un restaurante al aire libre, rodeado de familias árabes; las mujeres, ocultas tras los metros de tela de los tradicionales *burkas* negros; los niños, corriendo de un lado para otro sin que nadie les prestara mucha atención; los hombres, reunidos en pequeños grupos mientras tomaban té muy dulce.

Más tarde, esa misma noche, pasó por delante del complejo donde Alen y sus tres compañeros se hospedaban y se sentó en la terraza del bar que había enfrente a tomarse un 7-Up a pequeños sorbos mientras jugaba a los dados con una de las chicas del establecimiento, hasta estar seguro de que nadie más que él vigilaba el lugar. Vio a Alen y Anna meterse en el todoterreno y salir en dirección a Bangla Road. Nadie los siguió. El saudí esperó media hora más o menos y luego cogió un *tuk-tuk*, se acomodó en el asiento mientras avanzaban dando leves sacudidas por la carretera de la playa y, al llegar a la intersección con Bangla Road, había hecho sonar la campana para indicar que tenía intención de bajarse.

Se había pasado el resto de la velada observando a Alen y Anna mientras bebía refrescos sin prestar la menor atención a las proposiciones de las chicas que le aseguraban que era un hombre muy guapo y que querían ir con él a su habitación del hotel. El saudí no tenía el menor interés en pagar por favores sexuales, al menos no en Tailandia, ya que las chicas tailandesas, con su piel oscura y sus narices respingonas, no lo atraían en absoluto. En cambio, pagaba de buen grado en Londres o en Nueva York. Prefería las mujeres rubias de piernas largas, a ser posible de dos en dos. Cuando Alen y Anna se marcharon a casa por Bangla Road, él volvió al Hilton y durmió a pierna suelta, convencido de que todo iba según el plan.

El saudí sonreía para sí mientras avanzaba entre los bungalós. Habían hecho falta seis meses para planificar la operación, pero en aquel momento todo ese esfuerzo estaba a punto de dar sus frutos. La clave del éxito había sido la elección de los tres hombres y la mujer que se ocultaban en el bonito bungalow de tejado apuntado y porche de madera de teca con vistas al mar.

Desde el atentado del World Trade Center de Nueva York, los árabes levantaban sospechas en todo el mundo, fueran o no musulmanes. El saudí había reparado en el nerviosismo con que lo miraban los otros pasajeros cuando había embarcado en el avión. Todos los árabes eran terroristas en potencia; cualquiera que viniera de Oriente Próximo era capaz de atacar a una azafata con un objeto punzante, o de hacerse con los mandos del avión por la fuerza, o de detonar un explosivo oculto en los zapatos. Los árabes eran objeto de registros exhaustivos en los mostradores de facturación y en los controles de seguridad de los aeropuertos, en los hoteles... Todos eran culpables hasta que se demostrara su inocencia, todos merecían acabar encerrados en Guantánamo o en Belmarsh Prison y verse privados de los derechos humanos fundamentales. Para el saudí no resultaba fácil moverse por el mundo, y eso que él era un privilegiado con un pasaporte británico y el típico acento de ex alumno de internado elitista. En cambio, para los soldados de a pie de Al Qaeda, después del 11 de septiembre, era prácticamente imposible operar en Occidente sin levantar sospechas. La organización necesitaba terroristas que no parecieran terroristas, musulmanes de piel blanca y

cabellos claros que accedieran de buen grado a convertirse en mártires y dar la vida por el islam con una sonrisa en los labios. El saudí había conseguido encontrar a hombres y mujeres así y había organizado su entrenamiento, y allí estaban, dispuestos a morir por la *yihad*.

El saudí sacó un teléfono móvil de su bolsa y marcó un número. Sonó tres veces antes de que Alen contestara:

—Nuestra reunión de mañana, ¿todavía sigue en pie? —preguntó el saudí.

—La verdad es que sería mejor dejarla para pasado mañana —dijo Alen en un inglés con fuerte acento. Era la frase con que habían acordado que respondería si todo iba como debía; pero si la operación hubiera estado en peligro, Alen simplemente habría respondido que sí.

—¡Perfecto! —dijo el saudí y colgó el teléfono.

Caminó sin prisa rodeando el complejo turístico hasta convenirse de que no lo seguía nadie y entonces fue hasta la puerta del bungaló de playa y llamó con los nudillos. Tres golpes rápidos, dos lentos, dos golpes más con la mano abierta.

Se abrió la puerta y, en cuanto el saudí estuvo dentro, Alen lo abrazó al tiempo que lo besaba en ambas mejillas.

—*Alahu akbar* —dijo el primero mientras se quitaba las sandalias—. ¿Preparados?

—Estamos preparados —respondió Alen.

Hablaban en inglés, que era el idioma que todos conocían, la lengua franca de los terroristas de todo el mundo.

Anna, Norbert y Emir estaban de pie a la entrada del segundo dormitorio, sonriendo, presas de los nervios. Ninguno de ellos había visto al saudí antes, aunque habían oído hablar de él. El saudí se les acercó y los abrazó uno por uno.

—*Alahu akbar* —dijo mientras los rodeaba con los brazos. «Dios es el más grande.»

—Tenemos té —sugirió Anna.

—No puedo quedarme —le respondió el saudí—, pero gracias.

Se sentó en el sofá de bambú y sacó de la bolsa un paquete envuelto en plástico que dejó sobre la mesa de café antes de abrirlo cuidadosamente hasta que quedaron a la vista seis tubos metálicos del tamaño de un lápiz con sendos cables revestidos de plástico co-

nectados a cada uno de ellos. Los colocó uno a uno sobre la mesa. Los detonadores habían entrado en el país en el equipaje de un piloto de Emirates Airlines que ya había ayudado al saudí antes. A los pilotos comerciales, sobre todo a los veteranos con más de veinte años de experiencia, los sometían a registros exhaustivos, pero los detonadores habían pasado inadvertidos, escondidos en un compartimento falso del equipaje de mano del piloto. El saudí se reunió con él en el hotel Shangri-la, situado junto al río Chaoya Pra. Tomaron un café y tarta, y pasaron un rato charlando de todo y de nada; luego el saudí se marchó con los detonadores y el piloto se quedó allí sentado. En las manos tenía un sobre con cien mil dólares en billetes nuevos.

—Tenéis que poner tres por vehículo —dijo el saudí—. ¿Dónde están los circuitos? —preguntó.

Alen señaló el dormitorio principal con la cabeza al tiempo que decía:

—Ahí dentro.

El saudí se levantó del sofá, se dirigió con paso tranquilo hacia la habitación que le indicaba y, una vez dentro, echó un vistazo a las latas llenas de explosivos. Los cableados de los circuitos estaban cuidadosamente dispuestos sobre las camas y se acercó a examinarlos: dos baterías en cada circuito más dos interruptores de encendido. Cualquiera de los dos pares serviría para completar un circuito, pero la duplicación era de vital importancia porque no se podían permitir ni el más mínimo error. También había unas bombillas que servirían para probar los circuitos. El saudí examinó los cuatro interruptores: funcionaban a la perfección.

Entonces volvió a la sala de estar donde los cuatro *shahid* lo miraron llenos de expectación.

—Excelente —dijo—. Habéis hecho un buen trabajo.

Los *shahid* eran la fuerza de choque de la *yihad*, los mártires que darían sus vidas por el islam. A cambio, el Corán les prometía setenta y dos vírgenes de almendrados ojos negros para su disfrute ilimitado; también decía que los mártires iban directamente al cielo y que se reservaría sitio allí para setenta familiares suyos, que tendrían ocho mil sirvientes a su disposición y que verían el rostro del mismísimo Alá. Pero el saudí, por supuesto, no creía nada de todo eso; como tampoco lo creía ninguno de los cuatro *shahid* que

estaban con él en la habitación. Y, aun así, estaban dispuestos a morir.

—*Alabu akbar*—dijeron los cuatro al unísono.

A nueve kilómetros de profundidad, bajo las olas salpicadas de espuma blanca del mar de Andamán, la presión había ido en aumento durante cientos de años por causa del roce de las placas tectónicas, una presión frente a la cual cualquier otra debida a la mano del hombre resultaba ridícula. Los inmensos bloques de piedra de la placa continental sobre la que se apoyaban la India y Australia habían ido desplazándose poco a poco hacia el norte durante milenios y, al hacerlo, habían ido empujando la descomunal masa continental euroasiática, justo en la zona de las inmediaciones de Indonesia. Millones y millones de rocas se apretaban unas contra otras a medida que los continentes continuaban deslizándose sobre la superficie de la tierra. Tres días antes se había producido un terremoto en las islas Macquaire, sin que aliviara la presión creciente en el área de Sumatra.

No hubo ningún acontecimiento específico que provocara la ruptura. En un momento dado, las placas estaban apretadas una contra otra, tal y como lo habían estado durante siglos y, al siguiente, resbalaron. Ocurrió exactamente cincuenta y ocho minutos después de la media noche (horario del meridiano de Greenwich). La placa meridional se deslizó violentamente bajo la septentrional, como una máquina excavadora abriéndose paso a través de un terreno húmedo y blando. Las rocas saltaron en pedazos como si fueran de cartón; la presión acumulada durante siglos se liberó en un instante con una fuerza prácticamente inimaginable, que sólo admitía comparación con otra millones de veces superior a la de la bomba atómica que destruyó Hiroshima.

Un terremoto gigantesco de magnitud nueve en la escala de Richter sacudió la isla de Sumatra durante más de tres minutos. Para cuando remitieron los temblores, cientos de personas habían muerto; en toda la historia, sólo se habían registrado tres terremotos de mayor intensidad. No obstante, las muertes provocadas por el terremoto no eran más que un adelanto de lo que estaba por llegar. La falla que se había abierto en las profundidades del océano tenía mil

doscientos kilómetros de largo y cien de ancho y una media de veinte metros de profundidad, y había desplazado millones de toneladas de agua en unos pocos segundos, produciendo en el fondo del mar una ola gigantesca que avanzaba rápidamente en todas direcciones, norte, sur, este y oeste, alcanzando velocidades similares a las de los grandes aviones de vuelos transoceánicos; incluso a esa velocidad, el punto más cercano en tierra firme quedaba a dos horas de allí.

La tierra tembló; una leve vibración que no era más que un ligero cosquilleo bajo los pies. Alen alzó la vista hacia Anna y preguntó:

—¿Lo has notado?

Ella asintió con la cabeza.

—Parece un temblor.

De repente, uno de los cuadros de la pared se movió. Era una escena de playa, con arena blanca, palmeras mecidas por el viento y pescadores remendando sus redes.

Norbert y Emir salieron del dormitorio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Norbert.

El temblor se detuvo de repente, igual que había comenzado.

—¿Un terremoto? —dijo Anna frunciendo el entrecejo.

—En Tailandia no hay terremotos —le contestó Alen.

Emir se arrodilló y puso las manos sobre las baldosas del suelo, como si se dispusiera a rezar.

—Ya ha pasado —anunció.

—No es nada —dijo Alen.

Norbert abrió las contraventanas y miró hacia fuera. Turistas en bañador caminando por la playa, los primeros vendedores que ya iban apareciendo, perros callejeros hurgando entre las basuras...

—Voy a salir a dar una vuelta —dijo.

—Es el último día —le respondió Alen—, deberíamos quedarnos dentro, rezar y meditar sobre lo que tenemos que hacer esta noche.

—Ya sé lo que tenemos que hacer esta noche —le contestó Norbert—. Necesito tomar un poco el aire.

Alen parecía estar a punto de empezar a discutir, pero al final hizo un movimiento displicente con la mano y dijo:

—Haz lo que quieras. —Y luego añadió—: ¿Ya están colocados los circuitos?